

### III

Los pueblos, excitados unos contra otros por insultos recíprocos, se desean mutuamente la humillación, la ruina. Se regocijan cuando las calamidades, el hambre, la miseria y la derrota hieren al país enemigo. El asesinato de miles de hombres, en vez de compasión, provoca en ellos una entusiasta alegría; las ciudades están iluminadas y todo el país se regocija. Así se endurece el corazón del hombre y se despiertan sus peores pasiones. El ser humano renuncia al sentimiento de la simpatía y á la humanidad.—CHANNING.

Al llegar á la edad del servicio militar, es menester someterse á las órdenes inmotivadas de un presumido ó un ignorante. Es necesario admitir que lo que hay de más noble y más grande es renunciar á tener una voluntad para hacerse el instrumento pasivo de la voluntad de otro; acuchillar y hacerse acuchillar, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frío; hacerse mu-

tilar sin saber nunca por qué, sin otra compensación que un vaso de aguardiente el día de la batalla; la promesa de algo impalpable y ficticio que da ó niega con su pluma un periodista en su despacho bien caldeado, la gloria y la inmortalidad después de la muerte. Oyese un disparo, el hombre independiente cae herido; sus compañeros le rematan pisoteándole al andar; se le entierra medio vivo, y á partir de entonces, puede gozar de la inmortalidad. Sus camaradas, sus parientes, le olvidan. Aquello por lo cual dió su dicha, sus sufrimientos, su vida, nunca lo conoció... Y por fin, algunos años después, se van á buscar sus huesos emblanquecidos, y con ellos se fabrica negro de marfil ó betún inglés para lustrar las botas de su general.—ALFONSO KARR.

...Pero aprendí la disciplina, á saber que el cabo tiene siempre razón cuando habla al soldado, y el sargento cuando habla al cabo, y el subteniente cuando habla al sargento primero, y así sucesivamente hasta llegar al mariscal de Francia, aun cuando todos ellos dijeren que dos y dos son cinco y que la luna brillaba en pleno mediodía. Esto entra difícilmente en la cabeza, pero algo ayudará mucho á esto; y ese algo es un edicto colocado en las cuadras de los cuarteles que se lee de vez en cuando para aclarar

las ideas. Este edicto supone todo lo que un soldado puede desear, como, por ejemplo, volver á su pueblo, negarse á servir, resistir al jefe, y le dice que esto merece la muerte, ó cinco años de grillete cuando menos.—ERCKMANN-CHATRIAN.

---

Parece que no existieron nunca ni Voltaire, ni Montaigne, ni Pascal, ni Swift, ni Spinoza, ni otros escritores que con fuerza denunciaran la insania, la inutilidad de la guerra, y describieran su crueldad, su inmoralidad, su salvajismo. Dijérase que nunca existieron Cristo y su sermón sobre la fraternidad de los hombres, y el amor de Dios y de los hombres.

Recordando todo esto, se mira en derredor, y al ver lo que ocurre, siéntese horror, no ya ante las atrocidades de la guerra, sino ante lo más terrible de todo: ante lo impotente de la razón humana.

Así, lo que distingue únicamente al hombre del animal, lo que constituye su particularidad—la razón—, es algo inútil... No sólo inútil, sino algo perjudicial que

hace más difícil toda actividad, como la brida que se desprende de la cabeza del caballo se enreda en sus pies y no hace más que molestarle.

Compréndese que un pagano, un griego, un romano, y hasta un cristiano de la Edad Media, que no conocía el Evangelio y creía ciegamente en todas las prescripciones de la Iglesia, pudiera guerrear, y al hacerlo, enorgullecerse con el título de guerrero. Mas ¿cómo un cristiano creyente, y aun si es incrédulo, pero está penetrado del ideal cristiano, de la fraternidad de los hombres y del amor de que están animadas las obras de los filósofos, de los moralistas y los artistas de nuestro tiempo, puede tomar un fusil ó ponerse junto á un cañón para disparar contra la multitud de sus semejantes con el deseo de matarlos lo antes posible?

Los asirios, los romanos y los griegos podían creer que, guerreando, obraban no sólo de acuerdo con su conciencia, sino que hasta llevaban á cabo una obra piadosa. Pero, querámoslo ó no, nosotros, cristianos, por deformado que esté el espíritu ge-

neral del cristianismo, no podemos dejar de elevarnos al grado superior de la razón en que nos es imposible no sentir con todo nuestro ser la insania, la crueldad de la guerra, que ésta es contradictoria con lo que creemos bueno y justo.

He aquí por qué no podemos hacer la guerra; con seguridad, firmeza y calma, tenemos la conciencia de nuestra criminalidad, el angustioso sentimiento del asesino que, después de dar muerte á su víctima, reconociendo, en el fondo de su alma, la atrocidad de la obra principiada, trata de aturdirse, de excitarse para ponerse en estado de terminar su horrible obra. Esta excitación antinatural, febril, loca, que hace presa en las clases ociosas, superiores, de la sociedad rusa, no es más que el indicio de la conciencia de la criminalidad de la obra cumplida. Todas las afirmaciones desvergonzadas y falsas sobre fidelidad al soberano, adoración por él, y deseo de sacrificarle la propia vida (se ha de decir la de los otros y no la propia), todas las promesas de pechos que se ofrecen á la defensa del país, todas las acciones de gracias,

todos los preparativos de telas y vendajes; todos los grupos de hermanas de la caridad, todas las cuestiones para la flota y la Cruz Roja dadas á ese gobierno, cuyo poder inmediato consiste, según él, en la posibilidad de sacar del pueblo tanto dinero como necesita, en disponer de la flota y los medios necesarios para socorrer á los heridos una vez declarada la guerra; todas las plegarias esclavas, tan insensatas y sacrílegas como pomposas, que los periódicos de cada ciudad comunican como cosa importante, todas las manifestaciones, esos miles de voces que piden el himno nacional, todos los embustes de periódicos malos y sin vergüenza, que no temen ser desenmascarados porque todos son unos, todo el aturdimiento, el embrutecimiento en que hoy se encuentra la sociedad rusa, y que se transmite poco á poco á las masas, todo eso no es más que el indicio de la conciencia que se tiene de lo criminal de la horrible obra que se lleva á cabo.

El natural sentido dice á los hombres que lo que hacen no debe hacerse. Pero iguales al asesino que ha comenzado por

matar á su víctima y ya no puede detenerse, para los rusos, el hecho de estar la obra comenzada les parece la prueba evidente del derecho de la guerra. La guerra ha principiado: he ahí por qué es menester continuarla. De tal modo se presenta el hecho á los hombres más sencillos é ignorantes, que obran bajo la influencia de las pequeñas pasiones. Las gentes instruídas razonan de igual modo, tratando de probar que el hombre no tiene su libre albedrío y que, aun cuando comprenda que la tarea comenzada no es buena, no puede detenerse. ¡Y los hombres, aturdidos, embrutecidos, continúan la obra terrible!

---